

## LA VIDA EN UNA GALERA DÈLA DIOS A QUIEN LA QUIERA

*(Extraído y adaptado del artículo del mismo título, autor Antonio García-Molina Riquelme. RHN 108, 2010, Pp. 87-103).*

Fray Antonio de Guevara, religioso del siglo XVI, escribe sobre la galera bajo una óptica de alguien ajeno a la dotación del buque y a la vida en la mar, y al que le llama la atención todo lo que ocurre a bordo. La crítica la realiza navegando como <<pasajero>>, sin formar parte de la dotación. Se esfuerza en demostrar lo arriesgada que ha resultado la navegación en las distintas épocas de la historia. Y si navegar es peligroso, hacerlo en galera es cosa de locos.

El pasajero, al quedar relegado al último lugar de importancia a bordo, debe ser humilde en la conversación, paciente en las palabras y disimulado en las necesidades. Aborda el autor el tema del agua para beber durante las comidas, que califica de turbia, cenagosa o desabrida, si bien, añade, el capitán da licencia para que al tiempo de beberla con una mano se tapen las narices y con la otra se lleven el vaso a la boca.

En cuanto a la alimentación, el pan de bizcocho, manutención básica durante siglos, se come en las galeras, pero *tapizado de telarañas, y que sea negro, gusaniento, duro, ratonado, poco y mal remojado*. Respecto del vino es *aguado, turbio, agrio, podrido, poco y caro*. Y la comida consiste básicamente en carne de *tajadas de macho cabrio, quartos de obeja, baca salada, y tocino rancio* que, además, puesto en la mesa es *asqueroso de ver, duro como el diablo de masticar, salado como rabia para comer e indigesto como piedra para digerir*.

En cuanto al servicio de mesa, el autor advierte que en la galera el viajero de cierta alcurnia lamentará la ausencia de manteles limpios, toallas largas y pañizuelos alemaniscos, por lo que con retintín sugiere que lo más práctico es limpiarse en la camisa, y de cuando en cuando en la barba.

Respecto de los lugares donde se puede dormir, no había previsto sollado o alojamiento para los pasajeros y el lugar habitual para dormir éstos eran las ballesteras (son tabladillos al lado de los bancos de los remeros). Para acostarse es mejor no descalzar los zapatos, ni desatar las calzas, ni desabrochar el jubón, ni desnudar el sayo, porque el pobre pasajero no hallará otra mejor cama que la ropa que sobre si trae vestida.

En la higiene personal o lavado de ropa, si alguien necesita calentar agua, hacer colada o enjabonar camisa que ni lo intente, pues se burlarán de él los tripulantes bastante ajenos a la limpieza de cuerpo y vestido. Por ello, aconseja la solución más sencilla, así, el que la camisa trajere algo sucia, o muy sudada y no tuviere de repuesto, debe armarse de paciencia y aguardar a salir a tierra para lavarla o a que se le acabe de caer de podrida.

Considera otro aspecto de las galeras compartir el viaje con toda la serie de bichos e insectos tales como ratones, lirones, perros, gatos, chinches, piojos y pulgas, que se hallan perfectamente integrados con la dotación y pasaje.

Otra faceta es la de la falta de privacidad a la hora de las funciones corporales más íntimas, llamadas en la época con gran acierto, «las necesarias».

Desde el cómitre al último de los remeros se dedican, por sistema, a esquilmar a los pasajeros, utilizando métodos como pedir, tomar, cohechar y hurtar. Además del juego que estaba permitido, pero estos usaban dados falsos y naipes señalados.

La conducta de la tripulación en tierra era imagen de la de a bordo. Cuando desembarcaban para abastecerse de agua o cortar leña, consideraban suya cualquier persona, animal o cosa, amparados por la impunidad que ofrecían las galeras. Ninguna justicia podía entrar allí a por delincuentes, por estar la dotación sujeta al fuero militar.

En cuanto a la práctica religiosa las galeras suponen una grave excepción en la católica España del XVI. En efecto, allí cada uno vive en la ley que nació, por lo que será algo normal ver a musulmanes y judíos hacer sus propias oraciones. Las fiestas católicas no solo no se guardan, sino ni saben cuándo caen. Y cuando en una galera se ayuna no es por vigilia o Cuaresma, sino porque faltan provisiones.

Finalmente, el autor ofrece saludables consejos para el que embarque de pasajero: le recomienda que arregle sus asuntos con Dios, esto es, que confiese, comulgue y se encomiende a los santos de su particular devoción. Le invita a que haga su testamento, declare sus deudas, cumpla con sus acreedores y reparta su hacienda.

También le aconseja invitar y regalar al capitán, para obtener un buen trato de su parte. Y al cómitre, al piloto y otros miembros de la dotación. Es decir, tener contentos, mediante dádivas u obsequios, a los elementos más importantes de la dotación para que su vida a bordo sea lo más llevadera posible.

***CN (Ret.) Eduardo Bernal González-Villegas. IHCN. Radio5 Todo Noticias***

Resumen:

La galera, es tal vez uno de los buques más conocidos, no sólo desde el punto de vista técnico, sino en lo que constituía la vida diaria a bordo. Fray Antonio de Guevara, siglo XVI, es autor de una obra que enfoca a la galera bajo una óptica de alguien totalmente ajeno a la dotación del buque y a la vida en la mar, y al que le llama la atención todo lo que ocurre en el buque. La crítica la realiza como «pasajero».